

# Editorial

## *Hacia dónde apunta la esperanza: hacer las cosas nuevas*

Este editorial está dedicado a un tema del cual se suele hablar poco en estos días, tal vez porque algunos opinen que, en un contexto de predominio casi absoluto del capitalismo, no cabría ninguna novedad, todas las posibilidades ya estarían dadas, y, por lo tanto, preguntarse por la esperanza no tendría mucho sentido; tal vez porque otros, desde la perspectiva de las consecuencias negativas de ese predominio capitalista, ven el presente y el futuro tan oscuro o tan incierto que no encontrarían razón ni sentido para la esperanza. Ninguna de estas dos posturas debiera llevar a descartar la pregunta por la esperanza, porque sin ella, el futuro aparece cerrado y el presente sería una invitación al acomodo y a la pasividad. Los que esperan novedad del futuro, aquéllos que se encuentran inconformes con el presente y, por consiguiente, trabajan para transformarlo, también están forzados a preguntarse por la razón de su esperanza. Si desconocen hacia dónde apunta ésta, su actividad transformadora corre el grave peligro de volverse ineficaz o de perder el horizonte.

Responder qué nos es dado esperar en estos tiempos no es nada fácil, por el carácter avasallador del capitalismo neoliberal que se impone como alternativa única, y por la fuerza con la que niega la posibilidad de una alternativa. Preguntarse por dónde pasa la esperanza hoy en día implica ir al mismo tiempo contra la inevitabilidad y contra la aparente falta de salida. Con todo, la esperanza es escurridiza. En el presente sólo nos está permitido barruntar hacia dónde apunta o por dónde pasa, pero sin llegar a tener certeza alguna sobre ella o sus posibilidades de actualización. No obstante su carácter escurridizo, no podemos no intentar preguntarnos qué nos es dado esperar, porque el ser humano es una estructura abierta, confrontada inexorablemente con una cuestión esencial: qué va a ser su propia realidad.

## 1. Ruptura con el pasado deshumanizante

A pesar de los avances de la humanidad, en particular en el campo de la ciencia y la tecnología, el *Informe sobre desarrollo humano 1998*, del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, muestra que algo anda muy mal cuando más de mil millones de personas han sido excluidas del crecimiento mundial del consumo y viven en una pobreza desesperante. No sólo predomina la miseria, sino también la inhumanidad. Estas realidades abrumadoras indican que las alternativas actuales no conducen a la mejora deseada de la condición humana y, por lo tanto, no es razonable ni ético insistir en ellas. No es poca cosa conocer, tanto teórica como prácticamente, por dónde no hay que buscar.

El capitalismo neoliberal es una de estas alternativas fallidas porque, fuera de él, no habría nada más que buscar, ya que se considera a sí mismo como realidad última y definitiva; pero, sobre todo, porque, en segundo lugar, la experiencia demuestra que no tiene capacidad para satisfacer las necesidades básicas de la población, un paso previo ineludible para la humanización de las personas y las sociedades. El individualismo capitalista neoliberal más bien alienta la competencia feroz e ilimitada y, a cambio, ofrece el enriquecimiento como recompensa a los triunfadores. La riqueza, al facilitar el consumo desenfrenado, tendría la llave de la felicidad. Entre más rico se es, más se puede consumir y, supuestamente, más feliz se puede ser. A mayor consumo habría más felicidad. Pero eso no es todo. Los bienes poseídos no sólo son disfrutados, sino que, además, su propietario siente una necesidad casi incontrolable de exhibirlos para mostrar cuánto tiene y cuán feliz es. La felicidad se encontraría en la adquisición, la posesión y el disfrute de bienes y servicios. En realidad, se exhibe lo que se posee, porque no se puede comunicar lo que se es. Esta preponderancia del tener sobre el ser hace que, al final del ciclo, se experimente el vacío interior y el sin sentido. Para intentarlos, el ciclo se reinicia con más competencia, más riqueza, más consumo y más exhibicionismo.

El capitalismo neoliberal ni siquiera puede garantizar la prosperidad económica, tal como lo muestra la actual crisis financiera internacional (ver el editorial anterior, "Una oportunidad para reflexionar sobre la libertad del mercado", 600, 1998, pp. 877ss.). Algunos sostienen, sin embargo, que si el capitalismo no cumple lo que promete es porque no ha sido suficientemente capitalista. Ahora bien, si no ha sido todo lo capitalista que debiera haber sido, no ha sido por oposición al capitalismo, sino por su incapacidad intrínseca para imponerse como sistema, en circunstancias históricas como la salvadoreña y la centroamericana. En lugar de los bondades prometidas, el capitalismo neoliberal —y antes que él el capitalismo desarrollista— ni siquiera ha podido satisfacer las necesidades básicas de la mayor parte de la población, ha creado desigualdades insultantes entre los pocos que tienen



mucho y los muchos que tienen poco, ha llevado a una deuda externa gigantesca e impagable, ha dado paso a una cultura de la ganancia y del consumismo y ha depredado los recursos naturales, poniendo en peligro la viabilidad de la vida. La esperanza muy difícilmente puede encontrar un asidero firme en el capitalismo.

La democracia como valor absoluto —y, en buena medida, abstracto— no genera esperanza. Al ofrecerla como solución casi mecánica para los problemas sociales, atribuyéndole más capacidades de las que en realidad posee, se la desgasta de forma innecesaria, pues no puede entregar lo que se espera; e incluso lo que es más específico de ella resulta desvirtuado. Es así como la democracia se vuelve un valor abstracto por falta de concreción histórica. La democracia no tiene respuesta para toda la problemática planteada por la convivencia humana, pero sí representa una alternativa para ordenar ámbitos importantes de la vida colectiva. En cualquier caso, la democracia en El Salvador se encuentra aún en uno de sus primeros estadios, muy lejos de haber alcanzado la madurez mínima necesaria para dar de sí todo lo que pudiera y debiera. La democracia sólo puede avanzar a costa del poder casi absoluto de las fuerzas que se le oponen. Dicho de otra manera, la democratización de El Salvador exige como condición de posibilidad romper con la manera personal e informal de ejercer el poder, por un lado, y, por el otro, la participación mayoritaria y decisiva de la población, lo cual, hasta ahora, no ha sucedido. La transición salvadoreña se muestra más interesada en alejarse del autoritarismo militar que en la democratización, la cual pasa por la institucionalización del ejercicio del poder y de la participación ciudadana. Desde esta perspectiva, por lo tanto, la idea de democratización subyacente en el proceso en desarrollo es bastante pobre.

Los partidos políticos salvadoreños se suelen presentar a sí mismos como agentes democratizadores y como hacedores de un futuro mejor y, en este sentido, como portadores de esperanza; pero la población no comparte esta apreciación ni ésta se corresponde con la realidad. Aunque todos aquellos que toman parte en las elecciones de marzo de 1999 prometen crear decenas de miles de empleos a corto plazo, poner fin a la inseguridad ciudadana, reducir el nivel de pobreza y desarrollar El Salvador conservando el medio ambiente —para lo cual ARENA busca alianzas, el FMLN ofrece cambios y los otros partidos medianos y pequeños se presentan como alternativa a los dos anteriores, haciendo énfasis diferentes—, el desinterés de los electores es la nota más relevante, tal como lo muestran las encuestas de opinión. Ninguna de estas promesas parece creíble en una opinión pública que, en su mayoría, se muestra escéptica, desengañada y frustrada.

Aun cuando los políticos que resultasen triunfadores en las urnas en 1999 tuviesen intención de cumplir con sus promesas de campaña, la complejidad de la problemática nacional y la escasez de recursos limitan de una forma determinante cualquier plan de gobierno. A esto hay que agregar el desprestigio que ha erosionado la credibilidad de la clase política de una manera que parece irreversible. En pocas palabras, ni ésta ni sus organizaciones pueden ser consideradas fuentes de esperanza para el pueblo salvadoreño.

Finalmente, la esperanza tampoco brota de hacer cosas nuevas, pero en la misma línea de las anteriores. Sin duda, El Salvador de final de siglo es distinto del de los comienzos de la década de los noventa. Por un realismo mínimo, los cambios experimentados obligan a actuar en consonancia con ellos; pero esta manera distinta de hacer las cosas no significa, en sí misma, que sea lo mejor que pueda hacerse para superar los desafíos enfrentados por la población salvadoreña hoy en día. Sin duda, se pueden estar haciendo cosas nuevas, pero en la misma línea del pasado y, por lo tanto, sin que éstas posean la capacidad transformadora requerida para superar la pobreza, institucionalizar el ejercicio del poder y democratizar la sociedad y el Estado.

La democratización no es real mientras se limite al ámbito político y mucho menos cuando se restringe, en lo fundamental, a la esfera electoral. Sin duda, son pasos importantes que las elecciones sean libres y transparentes, que los militares hayan abandonado la gestión pública, que los derechos humanos sean cada vez más respetados, que haya espacio para la libertad de expresión; pero estos logros deben ser complementados por otros iguales o más importantes, orientados a la redistribución de la riqueza nacional. La democracia es incompatible con la concentración y la acumulación de la riqueza existente en El Salvador, en la actualidad, porque ésta otorga un poder que anula el de aquéllos que han sido electos popularmente para

ejercerlo, en beneficio del bien común. Es así como el interés particular predomina sobre el general. Y es así como promover la democracia en la política sin revisar los niveles de riqueza es hacer cosas nuevas, pero en la misma línea de las del pasado. El Salvador no será nuevo realmente mientras esta relación de poder no sea revertida.

---

La democracia como valor absoluto —y, en buena medida, abstracto— no genera esperanza.

---

Las secuelas de la tormenta tropical Mitch han sacado a luz cuánto de viejo hay aún en este El Salvador que el orden establecido se precia de calificar como nuevo. Eso para no hablar de la impunidad y la corrupción, que permiten que los criminales —no sólo los del período de la guerra, sino también los de la postguerra— deambulen sin impedimento alguno por el país, se conviertan en empresarios con abultados capitales o se transformen en políticos con aspiraciones a ocupar cargos de elección popular.

## 2. Comenzar de nuevo

La esperanza sólo puede provenir de un hacer nuevo que vaya haciendo nuevas todas las cosas, lo cual implica romper con el pasado. El Salvador tuvo una oportunidad histórica para ello a comienzos de la década actual, cuando se firmaron los acuerdos de paz. Por un momento, atisbó ese nuevo comienzo. Los acuerdos de paz representaron una posibilidad inédita para poner los fundamentos de una sociedad más equitativa y democrática. La posibilidad de un nuevo comienzo volvió a abrirse con el informe de la Comisión de la Verdad el cual, al mostrar los extremos a los cuales la injusticia y la violencia pueden llevar a una determinada sociedad, abrió de manera simultánea la puerta para poner fin a la impunidad al comenzar a decir la verdad sobre una de las dimensiones más oscuras de El Salvador. Sin embargo, ni el gobierno ni la sociedad se apropiaron de estas posibilidades. En cuanto representante de los intereses del gran capital y de los militares, los sucesivos gobiernos de ARENA no podían ni tenían voluntad para impulsar un comienzo nuevo. La sociedad, por su lado, carecía de la fuerza y la organización necesarias para forzar, por sí misma y en contra del capital y del partido gobernante, el inicio de ese comenzar de nuevo. Desde entonces, estas posibilidades y con ellas la realidad nueva a la que apuntaban han sido relegadas al olvido, como si nunca se hubiesen dado, cortando de raíz su potencial transformador.

Aun así, la población salvadoreña ha experimentado su potencial transformador en situaciones humanamente críticas. Muchos pudieron sobrellevar la guerra gracias a la compasión, la misericordia y la solidaridad de los

demás. No pocas veces, estas virtudes fueron practicadas a costa de grandes sacrificios, incluso el de la propia vida. Más recientemente, la desgracia en la cual la tormenta tropical Mitch, que se llevó vidas humanas, casas, cosechas y ganado, dejó a miles de familias salvadoreñas de las zonas bajas y las costas, hizo surgir de nuevo esas virtudes entre las clases populares —no así en el gran capital, que ha prestado asistencia con el dinero de otros. Virtudes como la compasión, la misericordia y la solidaridad no se aprenden tanto en los libros de texto o en las aulas, sino que más bien responden a una realidad más radical: a lo humano que hace que la realidad humana sea tal. Tampoco son unas virtudes que se improvisan, sino que afloran cuando están ya dadas, constituyendo al ser humano. Otra cosa es que no se expresen con la frecuencia necesaria como para informar las relaciones sociales cotidianas, pero dadas unas condiciones determinadas, se ponen a producir. En la actualidad, virtudes como éstas se encuentran con un medio adverso y a veces hasta hostil, que dificulta su puesta en práctica. Sin embargo, cuando encuentran una causa justa y humana afloran y transforman la realidad.

---

Los partidos políticos salvadoreños se suelen presentar a sí mismos como agentes democratizadores y como hacedores de un futuro mejor y, en este sentido, como portadores de esperanza; pero la población no comparte esta apreciación ni ésta se corresponde con la realidad.

---

No hay, pues, falta de valores, como suele repetir el discurso del orden establecido. La compasión, la misericordia, la solidaridad, la generosidad, etc. constituyen la identidad más real del pueblo salvadoreño, pero al tener que convivir conflictivamente con los valores pregonados por el individualismo neoliberal y la cultura de la violencia, resultan opacados y no pocas veces son anulados. El carácter contradictorio y hasta excluyente de estas dos series de valores fuerza a que, en cada decisión, haya que optar entre aquellos valores humanos y humanizantes y aquellos otros valores egoístas y destructivos. A juzgar por los resultados, la mayor parte de las veces predominan estos últimos sobre aquellos otros, creando, de esta manera, una sociedad donde el más fuerte se impone. Pero, con todo, el pueblo salvadoreño no ha perdido el sentido profundo de lo justo y de lo humano, lo que hace falta, entonces, es una causa para ponerlo a producir. Es indudable que haciendo contra el egoísmo y la cultura de la violencia se crearían posibilidades inéditas para la humanización de la sociedad salvadoreña, para reorganizar su vida a partir de la justicia, la verdad y la paz.

Comenzar de nuevo no significa rechazar todo el pasado, lo cual no es posible ni deseable porque no se puede actuar prescindiendo de lo que ha sido —aunque con frecuencia se actúa como si éste no hubiera sido tal— ni todo lo logrado hasta ahora es malo o estaría corroído por la malicia. Eso sí, significa algo más que hacer cosas nuevas en la misma línea que las anteriores. Comenzar de nuevo supone, en primer lugar, reconocer la necesidad de romper con el pasado, precisamente, porque en lugar de garantizar la vida, produce muerte —lenta de la miseria y la enfermedad o rápida de la violencia. Así, pues, comenzar de nuevo supone romper con el orden establecido que hasta ahora ha favorecido de manera desproporcionada a unos pocos, mientras que, al mismo tiempo, ha actuado en contra de la mayoría de la población salvadoreña. Ahora bien, no se trata de romper por romper ni de romper con todo, sino de romper para construir una realidad social, nacional, regional e internacional, que garantice la vida en contra de la muerte, conservando todo aquello que pueda contribuir a ello.

En consecuencia, el criterio que debe guiar tanto la ruptura como la construcción de la nueva realidad es la búsqueda de unas condiciones que posibiliten a todas las personas, de una manera indiscriminada, la plenitud de la vida. Por eso mismo, la prioridad de la política y de la actividad económica debiera ser la persona humana, tal como ya ha sido exigido en varios foros internacionales y por la doctrina social de la Iglesia católica. El fundamento de este criterio es la universalidad del derecho a la vida y a su plenitud. Más en concreto, cada uno de los integrantes de la especie humana debiera estar en condiciones para consumir la cantidad mínima de bienes y servicios esenciales para el desarrollo de sus capacidades personales, en



orden a conseguir su perfección así como también para disfrutar de una vida plena y gratificante.

Esto que parece tan obvio y con lo cual con mucha dificultad se puede estar en desacuerdo, no lo es, porque contradice de una manera frontal los patrones actuales de crecimiento económico y de consumo, los cuales, además, no son sostenibles ni ameritan ser sostenidos por su elevado nivel de depredación y deterioro de los recursos naturales. Sostener estos patrones compromete de forma grave la viabilidad de las generaciones futuras. Por lo tanto, además de delimitar el campo de las libertades económicas por medio de decisiones políticas, también se deben imponer límites legales y morales al consumo desenfrenado.

La novedad viene dada, por consiguiente, por una opción radical, integral y universal por la vida, la cual lleva necesariamente a adoptar la perspectiva de las mayorías populares y a comprometerse en la lucha para que tengan vida y para que la tengan en abundancia, en contraposición con la perspectiva de las minorías, orientada de una manera casi exclusiva al enriquecimiento, aparentemente ilimitado, y al consumo desenfrenado. Esto último sólo es posible atentando contra la vida de la mayoría de la población, a la cual los beneficios del crecimiento no la alcanzan, y contra la viabilidad de la tierra. Por lo tanto, es una opción por la muerte.

La experiencia histórica de la muerte, en cualesquiera de sus formas —por hambre, enfermedad o violencia—, muestra la necesidad urgente y el valor insustituible de la vida material, entendida como don primario y fundamental, sobre el cual han de radicarse los demás valores. Promover valores sin prestar una atención primordial a la vida material es relegarlos a la abstracción y, por lo tanto, equivale a despojarlos de su poder para orientar las decisiones y la conducta de las personas. Los valores deben ser un desarrollo del don primario de la vida. De ella derivan su contenido básico y su trascendencia, porque es la vida la que debe explayarse y plenificarse como autorrealización personal, pero en una relación inevitable con la vida de los demás. La autorrealización personal es imposible cuando la vida de los otros se encuentra amenazada o es negada. El dinamismo de la vida busca siempre más vida y una vida mejor, y aunque ello redunde en la perfección y la plenitud personal, no puede evitar compartirlas con los demás.

Es evidente, entonces, que lo antiguo es inaceptable por no ser universalizable, por estar mostrando límites claros de agotamiento y por no poder asegurar el crecimiento en vida y humanidad. Esta realidad negadora de vida impone comenzar de nuevo con un propósito muy concreto: buscar la universalización de la satisfacción de las necesidades básicas y la apropiación de las posibilidades para la plenitud humanas, en armonía con la naturaleza. Por muy concreta que esta meta sea, no por eso deja de ser menos utópica. Para comenzar de nuevo, es indispensable recuperar la utopía de la vida humana.



### 3. La recuperación de la utopía

Sólo se puede avanzar, en el hacer las cosas nuevas con seguridad, de la mano de la utopía y de la profecía. Pero las dos son mal vistas, en estos tiempos de autoengaño, escepticismo y trivialización. Ninguna de las dos es muy popular en la actualidad, porque asumir las significaría reconocer el fracaso de la última modalidad del capitalismo —la neoliberal— para entregar lo prometido y, por lo tanto, la necesidad racional y moral de transformarlo como única vía para superar la deshumanización



cruel que genera a su alrededor. En lugar de ello, se prefiere adoptar una postura cómoda que acepta la realidad tal cual es o, peor aún, desconocerla y buscar formas para entretenerse.

La utopía está desprestigiada porque se la considera irrealizable y, en cuanto tal, un esfuerzo inútil. Una ilusión pasajera de la que hay que despertar. Es innegable que la utopía tiene una dimensión de irrealidad, sobre todo si se la quiere concretar de una manera total y, además, inmediata. Pero la utopía se puede ir concretizando y acercando, a través de un proceso de aproximación permanente, que considere la posibilidad real de sus concreciones históricas y la comprensión de los ritmos y los condicionamientos de dicho proceso. El profetismo tampoco es bien visto, en particular por quienes, cansados —y desengañados— de luchas pasadas, se conforman con lo dado como el máximo alcanzable y también por quienes asumen de una manera mecánica que el resultado final será siempre positivo. Es así como estos últimos defienden que los supuestos beneficios del capitalismo y la democracia que lo acompaña serán realidad de todas maneras, desconociendo o despreciando sus límites intrínsecos y los obstáculos que conlleva la construcción de un nuevo orden de cosas. En este contexto, el profetismo se vuelve superfluo.

---

La marcha profética hacia la utopía está impulsada por una gran esperanza. Sin duda, tiene mucho de esperanza contra esperanza, pero una vez dada, se alimenta con los resultados obtenidos.

Estos no sólo aproximan la utopía, sino que también constatan su posibilidad real y así aumentan la esperanza.

---

Tanto la utopía como el profetismo son necesarios para aproximarse al nuevo orden —tal como ya lo vio con claridad Ignacio Ellacuría poco antes de morir (“Utopía y profetismo”, *Revista Latinoamericana de Teología*, 17, 1989, pp. 141ss.). La afirmación que la utopía conlleva de manera implícita no puede concretizarse sin la negación también implícita de la profecía. Donde ésta niega, alzando la vista al horizonte para no perderse, aquélla afirma una novedad, a la que aspira llegar. El profetismo es necesario para contrastar la utopía con la realidad histórica. A él le corresponde señalar qué impide su actualización y cuán distante se encuentra la realidad de ella. Sin un profetismo intenso y auténtico no se puede aproximar la utopía, ni teórica ni prácticamente. Es la superación de los obstáculos y males actuales, por una parte, y la afirmación de los avances y las bondades del presente, por la otra, lo que va dibujando el futuro deseado, cada vez más acorde con las exigencias y los dinamismos de la utopía. Por otro lado, el futuro esperado como superación del presente, ayuda a ir salvando esos obstáculos y erradicando esos males así como también a ir consolidando los logros y los bienes conseguidos, aunque sin llegar a considerarlos como definitivos. De esta manera, el futuro mantiene al profetismo dentro del horizonte utópico. Este horizonte es necesario como límite orientador de la teoría y la praxis, pero es todavía más necesario como apertura permanente para quien avanza. La utopía constituye el horizonte, mientras que la profecía proporciona el método.

La superación de todo aquello que impide o niega la vida humana es una liberación. A la libertad no se llega por el mercado, sino por la liberación de todas las opresiones, individuales y colectivas. Más aún, la libertad universal es una utopía a la cual sólo es posible aproximarse a través de un proceso de liberación. En lo personal, la libertad no se actualiza plenamente sino es a través de penosos procesos de liberación frente a toda suerte de necesidades, más o menos determinantes. En lo social, la libertad presupone la liberación de las estructuras opresoras y la creación de condiciones para ejercer la libertad individual, política y social sin discriminación. Tiene poco sentido hablar de libertad cuando su actualización está limitada por las necesidades básicas insatisfechas (desempleo y pobreza), por la disponibilidad real de posibilidades entre las cuales elegir (igualdad de oportunidades) y por impo-

siciones de toda índole, en particular aquellas que se apoyan en la violencia y el miedo.

El problema de la libertad no se puede plantear al margen del de la liberación, porque no es la libertad la que da paso a la liberación, sino al revés —aunque ambas se potencian y enriquecen a lo largo del desarrollo del proceso liberador. Separar ambos planteamientos es evadir el problema de la libertad real para todos. Es la humanidad entera la que debe ser libre y no unos cuantos privilegiados, sean éstos individuos, clases, naciones o bloques regionales. Incluso, las libertades políticas de las que tanto aprecio hace el orden neoliberal, resultan inalcanzables para la mayoría sin una liberación de las necesidades básicas y sin una libertad social efectiva. El ideal utópico de una libertad plena y universal, por lo tanto, sólo es posible por un proceso de liberación. Dicho de otra manera, a la utopía de la libertad sólo se llega por el profetismo de la liberación.

El meollo de la liberación se encuentra en la relación del ser humano con la riqueza. Es imposible superar el orden actual y comenzar de nuevo sin una aproximación totalmente diferente al fenómeno de la acumulación y la concentración de la riqueza. Si de la civilización del capital y la riqueza ya no se puede esperar, de manera razonable, ninguna otra cosa positiva y en la actualidad está produciendo cada vez males mayores y más graves, ha de propiciarse no su corrección, sino su sustitución por una civilización de la pobreza o del trabajo (I. Ellacuría) o, en términos más moderados y tal vez más aceptables, de la austeridad (J. Sobrino), o del amor (Juan Pablo II), cuyo objetivo principal no sea la producción de capital, sino el perfeccionamiento del ser humano.



Muy a pesar de algunos, hay que retomar el viejo problema de ricos y pobres, agravado ahora por la deshumanización creciente de ambos grupos. No se trata de considerar la pobreza de una manera aislada para ser todos ricos, porque aparte de no ser esto posible, es una solución inviable, dados los límites de los recursos de la tierra. La riqueza material de los ricos de fin de siglo no es universalizable. Tampoco se trata de considerar la riqueza de la misma forma aislada para promover la pauperización universal como ideal de vida. Sino de subrayar la relación dialéctica entre la riqueza y la pobreza, que mantiene enfrentados a los integrantes de ambos grupos al mismo tiempo que los va deshumanizando. La necesidad urgente de revertir esta deshumanización es la que obliga a retomar el problema para intentar superarlo. Cabe recordar aquí que, con sobrada razón, el cristianismo, desde sus orígenes, ha mostrado una gran desconfianza hacia la riqueza.

Al economicismo materialista capitalista hay que oponer —tal como propone Ignacio Ellacuría, en el artículo citado arriba— un humanismo materialista, que coloca en el centro de sus preocupaciones a la realidad humana, compleja y abierta al mismo tiempo. La insistencia en la dimensión material de lo humano es necesaria para evitar una salida idealista a los problemas reales de la humanidad; mientras que la insistencia en su complejidad y apertura apunta de manera simultánea a su riqueza y a su trascendencia. El humanismo materialista, transformado por la inspiración cristiana, rechaza la acumulación y la concentración del capital como el motor de la historia y la posesión y el disfrute de la riqueza como el principio de humanización y plenitud. Al contrario, el fundamento de este humanismo radica en la satisfacción universal de las necesidades básicas y en el disfrute de lo que primariamente es común.

En la medida en que la humanidad se aproxime a esta meta utópica se aproximará también a la solución definitiva de la contraposición fundamental, que hasta ahora ha dinamizado la historia. No se trata, pues, de que todos tengan mucho por la vía del acaparamiento y el exclusivismo, sino de un orden nuevo, donde la economía esté al servicio de la humanidad, de tal manera que permita el surgimiento de una tierra nueva y de un ser humano también nuevo, a partir de la armonía con la naturaleza y la solidaridad con los demás seres humanos. La superación de la confrontación dialéctica fundamental vendrá dada a través de un proceso de liberación solidaria, que no deje a nadie fuera.

Este orden nuevo, con una tierra y un ser humano nuevos, tiene mucho de sueño irrealizable, pero en eso radica, precisamente, su carácter utópico y, en su posible actualización en un futuro indeterminado, nace la esperanza. El grado de deshumanización alcanzado hace inaceptable insistir en lo mismo o permanecer impasible. Es así como el ideal utópico se vuelve inevitable para quien se rebela contra el orden establecido. Del abandono de los

medios violentos como instrumento para realizar la utopía no se sigue que ésta también deba ser abandonada. Mientras la realidad histórica amenace o niegue la vida, mientras no ofrezca posibilidades reales para la humanización, mientras impida a los seres humanos alcanzar su plenitud, la utopía será una fuerza dinamizadora, presente y futura, con capacidad para transformar esa realidad.

La marcha profética hacia la utopía está impulsada por una gran esperanza. Sin duda, tiene mucho de esperanza contra esperanza, pero una vez dada, se alimenta con los resultados obtenidos. Estos no sólo aproximan la utopía, sino que también constatan su posibilidad real y así aumentan la esperanza. Si el ideal utópico se presenta como realizable históricamente y es asumido por las mayorías populares, puede llegar a convertirse en una fuerza con un potencial transformador insospechado. En este contexto, las diversas experiencias de vida comunitaria, incluida la actividad económica, y de organización popular representan un punto de referencia valioso, pues concretizan lo que es posible hacer desde abajo y desde los pobres, y, además, son fuente de esperanza. Es el caso de otras experiencias donde se puede palpar el carácter bondadoso de lo humano. Estas experiencias, aunque tienen mucho más de anticipación que de actualización plena, son realidades tangibles que muestran que la reversión de la historia es posible y, en consecuencia, hacen más ligero el caminar.

Quien espera posee una terquedad singular, que no se arredra ante los obstáculos y los males porque, precisamente, éstos son su razón de ser. Cuanto mayor es la contradicción que encuentra entre el presente y el futuro, más profunda y determinada se vuelve su esperanza. De ahí que ella sea uno de los dinamismos más eficaces para superar el orden antiguo y empe-



zar a avanzar hacia otro nuevo. La esperanza es el arma más poderosa de los pueblos. No es extraño, entonces, que la esperanza sea al mismo tiempo la amenaza que más teme el capitalismo. Para el capitalismo, el problema no es el éxito que una determinada revolución pueda llegar a tener, sino la esperanza que despierta en los otros pueblos.

La esperanza no se apoya en un cálculo fijo, que pueda determinar la cantidad exacta de inversión necesaria para obtener unos resultados esperados, en un plazo establecido, por una planificación cuidadosa. Eso es lo propio del mercado. Ni se trata de un sueño idealista que saque de la realidad, lanzando hacia adelante. Al contrario, invita a introducirse en medio de ella para renovarla y transformarla desde la utopía. Tampoco sabe con exactitud en qué consiste la solidaridad compartida que garantiza la vida, pero sí sabe, gracias al profetismo, qué elementos constitutivos de la realidad actual debe negar y conoce el horizonte, gracias a la utopía, en el cual debe actuar. Esperar es aceptar una promesa liberadora de toda índole de opresiones individuales y colectivas, y ponerse en marcha guiado por la utopía.

---

La conquista del mundo carece de importancia,  
si supone la pérdida de la esperanza.

---

La apertura del que espera lo lleva a no absolutizar ningún logro, haciendo de lo limitado algo infinito. El que espera sabe que los logros, por muy importantes que sean, son parciales y limitados. Por lo tanto, no puede detenerse en ellos, sino que, al contrario, éstos se convierten en un acicate para superarlos y así continuar avanzando. De esta manera, entre el profetismo que niega lo afirmado y la utopía que afirma negando, la praxis va abriendo nuevos caminos y, simultáneamente, alimenta la esperanza y proporciona motivos nuevos para mantener su terquedad. Por otro lado, la resistencia del capitalismo y su civilización de la riqueza, su capacidad para reproducirse y superar crisis, no desaniman al que espera porque, para él, la profecía y la utopía son levadura permanente.

La praxis sólo puede avanzar impulsada por un esfuerzo constante, que implica sacrificios heroicos y no pocas veces la vida misma, como en el caso de Monseñor Romero y los mártires de la UCA. Pero, a cambio, ofrece la posibilidad real de la plenitud humana. A quienes experimentan el sin sentido de la vida y la inutilidad de un esfuerzo jalonado por actividades ligeras y el consumo desenfrenado, les ofrece un desafío con capacidad para llenar una vida: construir una sociedad universal, fundada en la solidaridad compartida. La dedicación a aproximar la utopía abre una posibilidad real

para otra forma de vida, completamente distinta de la que la sociedad consumista del capital impone como ideal.

Es posible, por lo tanto, pasar de la realidad sin esperanza a la realidad esperanzada, de la confusión entre el estar entretenido o divertido a ser feliz, del estar ocupado al estar plenificado. El antiguo principio cristiano de entregar la propia vida para que los demás la tengan en abundancia sigue siendo válido. Es el único camino conocido para encontrarse a sí mismo en la entrega a los demás y a la utopía. El vaciamiento de sí mismo lleva, una vez completado, al reencuentro consigo mismo, en la plenitud de lo que se es y de lo que se puede ser. La conquista del mundo carece de importancia, si supone la pérdida de la esperanza.

Detrás de esta actitud de apertura y entrega a la utopía no hay desesperanza ni tampoco la desesperación de quien no tiene nada y, por lo tanto, no teme perder lo poco que pudiera llegar a poseer, sino vida y deseo de que haya más vida. La esperanza de la vida surge junto a la promesa de vida.

San Salvador, 15 de enero de 1999.

